

ros que se hallaban despues de algun tiempo al servicio de la España, y que no deseaban mas que encontrar quien los pusiese á sueldo. El nombre que á este cuerpo debía de darse era, regimiento Real-Estrangero, y el número de sus plazas tres mil doscientos hombres con corta diferencia. Ordenó ademas que se reuniesen los suizos españoles que habian permanecido fieles al rey José, ó que se hallasen inclinados á volver á su servicio en otro regimiento, el cual se llamaria *Reding*, porque existia un general de este nombre, que se habia conducido brillantemente. El número de soldados que debía contar este regimiento, era de cuatro mil ochocientos segun todas las probabilidades. Prescribió igualmente, que bajo el nombre de Real-Napoleon se reuniesen todos los soldados españoles, que habian abrazado la causa del rey José, y cuyo total se presumia que ascenderia á otros cuatro mil ochocientos hombres. Con estos tres regimientos, y con la reunion, bajo el nombre de guardia real, de los franceses que habian aceptado el servicio á las órdenes del general Castaños por libertarse de los padecimientos de la cautividad, al propio tiempo que con los quintos de Bayona, que compondrian el número de unas tres mil doscientas plazas, formábase un plantel de unos diez y seis mil soldados, los cuales podrian valer alguna cosa, si se les pagaba bien, y si se procuraba con cuidado su organizacion.

Despues de tomar todas estas medidas, Napoleon aguardó los efectos de ellas, persistiendo en permanecer en Chamartin, y en que prosiguiese José en el real sitio del Pardo, rodeado de toda la etiqueta régia, y sin tener que inclinarse ante la

soberanía superior del emperador de los franceses. Mientras daba tiempo de este modo á los españoles para que comprendiesen los fines que se proponia, Napoleon continuó adoptando las disposiciones militares que creia convenientes para la conquista de la España.

Habia llevado consigo á Madrid el cuerpo de ejército del mariscal Victor, compuesto de las divisiones Lapisse, Ruffin, y Villatte, la guardia imperial, y la mayor parte de los dragones; y como tuviera noticia de que el general Castaños se retiraba por Calatayud, Sigüenza, y Guadalajara con direccion á la capital, mandó á Alcalá de Henares la division Ruffin con los dragones. En efecto: perseguido viva y tenazmente aquel general por Maurice-Mathieü, que marchaba al frente de las divisiones Musnier y Lagrange, y de los lanceros polacos, y habiendo sufrido en Bubberca un ataque en el cual perdió considerable número de gente, replegabase en el mayor desórden sobre Guadalajara, con nueve ó diez mil hombres únicamente, de los veinte y cuatro mil que contaba en Tudela. Este cuerpo de ejército, que habia pasado á causa de la destitucion de Castaños, á las órdenes del general Peña, desmoralizado por las derrotas y por los padecimientos, llegó á sublevarse, y escogió definitivamente por gefe suyo al duque del Infantado, quien como ya hemos dicho, habia salido secretamente de Madrid con objeto de traer refuerzos á los defensores de la capital. La entrada de los franceses en Madrid, y la presencia de la division Ruffin con los dragones en Alcalá, no dejaban al antiguo ejército del centro otro recurso que la retirada á Cuenca, á donde no corria ries-

go de verse perseguido por nuestras tropas hasta tanto que se tomase la resolución de marchar contra Valencia, lo cual no debía verificarse tan pronto.

Viendo Napoleón que se alejaba el ejército del centro, (reducido á la sazón á la tercera parte de sus fuerzas), encomendó á los dragones el cuidado de recoger los rezagados y los dispersos, y volviendo á llamar á la división Ruffin, destinó al cuerpo de ejército del mariscal Víctor á que marchara sobre Aranjuez y Toledo en persecución del ejército de Estremadura. Después de tener asegurada su izquierda en virtud de la retirada hácia Cuenca del antiguo ejército de Castaños, quiso asegurar también su derecha rechazando hasta más allá de Talavera los restos del de Estremadura, y á este fin mandó las divisiones Ruffin y Villatte, precedidas de la caballería ligera de Lassalle, y de los dragones de Laboussaye, conservando en Madrid la división Lapisse, y la guardia imperial. Lassalle marchó sobre Aranjuez y Toledo, y los dragones se dirigieron sobre el Escorial para derrotar los restos desordenados del ejército de Estremadura, el cual ofrecía ya el aspecto de unas bandas confusas; y cuyos soldados, siguiendo el ejemplo de las tropas incapaces de batirse, se vengaban en sus gefes de su propia cobardía. Una de sus primeras víctimas fué don Juan Benito, bizarro militar que había abandonado después de todos, y cubierto de sangre, el campo de batalla de Somosierra. Habiendo logrado reunir este en Segovia los fugitivos de Somosierra, y la fuerza que había quedado del destacamento de Sepúlveda, y de las tropas batidas en Burgos por el mariscal Soult, salieron todas juntas con dirección á Madrid, y como supieran en el ca-

mino la rendición de la capital, se huyeron hácia Toledo, donde se incorporaron con las tropas que el marqués de Castellar había sacado de la corte. La indisciplina de estas tropas era superior á todo cuanto pudiera decirse. Por todas partes iban saqueando y devastando mucho más que los vencedores, el país que tenían la misión de defender. Avergonzados los gefes ante semejante espectáculo, trataron de poner algún orden en aquella retirada, y ahorrar á los habitantes los horribles tratamientos que sufrían. Pero los miserables á quienes se trataba de contener, empezaron á acusar á sus oficiales de que los habían vendido, y el valiente don Juan Benito, que era uno de los más severos por lo mismo que era también de los más bizarros, fué escogido para blanco de su furor. Habiendo querido este pundonoroso é infortunado militar reprimir los excesos que perpetraban en Talavera, asaltáronle en la modesta habitación que le servía de alojamiento, y después de arrastrarle por las calles, lo colgaron de un árbol, donde aquellos monstruos que no habían tenido valor para seguirlo al combate, lo estuvieron acerbillando á balazos por espacio de algunas horas. Tales eran los hombres, á quienes la España, merced á su ciego patriotismo confiaba su defensa contra una monarquía, que tenía á sus ojos la falta de ser extranjera.

El general Lassalle tardó muy poco en llegar á Talavera, y rechazó á aquellas bandas indisciplinadas hasta el puente de Almaráz; mas como este no podía ser tomado sino por una fuerza de infantería, á causa de las fortificaciones que habían erigido en él los insurgentes, detúvose con su caballería hasta tanto que las órdenes del emperador le prescri-

biesen nuevas operaciones en el Mediodía de la Península.

Mientras que los ejércitos españoles se hallaban así derrotados, el de Palafox sobre Zaragoza, el de Castaños sobre Cuenca, el de Estremadura sobre Almaráz, y el de Blake sobre Leon y Asturias; y mientras que los franceses habian logrado hacerse dueños en pocos dias de la mitad de la España, los ingleses, á quienes se habia prometido que su venida no seria mas que para recoger los trofeos, y á lo sumo para completar una victoria ya asegurada, se hallaban en la mas cruel perplejidad. por cuanto no habian logrado aun hasta entonces reunir sus destacamentos diversos en un solo cuerpo de ejército. El progreso único que habian alcanzado sobre este particular, era que á la infantería que habia entrado por Ciudad-Rodrigo y Salamanca, se le incorporasen la artillería y la caballería, que habian entrado por Badajoz y Talavera bajo el mando del general Hope, quien, habiendo corrido por un instante el riesgo de tropezar con los escuadrones de Lassalle, se habia ocultado de ellos en virtud de un movimiento bastante hábil hácia las montañas, y logrado reunirse al fin, en Salamanca con su general en gefe. Despues de esta reunion, el general Moore contaba con unos diez y nueve mil hombres: restábale, empero, la incorporacion de las tropas de David Baird, el cual habia llegado á Astorga con once mil combatientes. El general inglés pensaba por entonces con mucho mas motivo que en otra ocasion alguna, en retirarse, mediante á que con treinta mil soldados, y hallándose anonadados los ejércitos españoles, conocia que no era posible hacer frente á los franceses. El

deseo de sustraerse al peligro y el de que se le incorporara sir David Baird, le habia inspirado el saludable pensamiento de abandonar la línea de retirada de Portugal por adoptar la de Galicia, con lo cual conseguia la ventaja de aumentar sus fuerzas en una tercera parte, y la de aproximarse á un buen puerto de embarco. Hallabase, pues, inclinado á marchar por Toro sobre Benavente, ordenando al propio tiempo á David Baird que emprendiese el movimiento por Astorga, porque de este modo podia aparentar que amenazaba las comunicaciones de los franceses, puesto que no tenia mas que andar un paso para hallarse en Valladolid, y aun sobre Burgos, mientras que en realidad no hacia otra cosa que estar sobre el camino de la Coruña, ó sea de la mar, que era su refugio mas seguro. Merced á este movimiento aseguraba su retirada, á la par que aparentaba hacer algo por la causa española, y se ahorra el tener que dar una respuesta á las instancias de Mr. Frère, quien, habiendo llegado á ser cabeza del gobierno insurgente, echaba en cara á cada paso al ejército inglés, que no operaba. El desgraciado John Moore, que era un militar esforzado y cuerdo, al propio tiempo que habituado á la guerra metódica, á quien se habia prometido una acogida entusiasta, recursos de todo género y victorias fáciles; y el cual encontraba á los españoles abatidos, huyendo en todas direcciones, y sufriendo tales escaseces, que apenas podian abastecer sus tropas, hallábase en un estado de sorpresa, de descontento y de disgusto, imposibles de describir, y veia que su salvacion se cifraba únicamente en emprender la retirada por el camino mas corto. De todo dió

cuenta á su gobierno, sin ocultarle lo mas mínimo acerca de estas tristes verdades.

Aun cuando Napoleon supo á tiempo que marchaba contra él cierto número de ingleses procedentes de Lisboa y de la Coruña, no habia querido ocuparse de ellos en un principio; en primer lugar porque queria antes que todo, anonadar á los ejércitos españoles, y en segundo, porque deseaba dar lugar al ejército británico para que se internase en la Península, á fin de arrollarlo y destruirlo con mayor seguridad. Esto no obstante, y á pesar de que su pensamiento estaba bien concebido, si hubiese podido saber el estado de dispersion y de desaliento en que el ejército inglés se encontraba, hubiera hecho mucho mejor en caer sobre él, destruyendo á Moore en Salamanca, y á Hope en Avila. Pero en la guerra es difícil preverlo todo, no se sabe por lo regular mas que lo que se adivina por ciertos indicios, y Napoleon carecia casi totalmente de ellos para conjeturar con exactitud la situacion de los ingleses, lo cual no tenia nada de extraño, puesto que Moore, á pesar de hallarse en pais amigo, ignoraba completamente los movimientos del ejército francés. Habiendo sabido Napoleon, sin embargo, por las escursiones de su caballería sobre Talavera, que los ingleses se hallaban entre esta ciudad, la de Avila y Salamanca, conoció que habia llegado el momento de obrar contra ellos, y de consiguiente adoptó las convenientes disposiciones á fin de reunir las fuerzas necesarias para su completa destruccion.

Así, pues, ordenó al mariscal Lefebvre que se dirigiese desde Valladolid sobre Segovia, y desde esta ciudad sobre el Escorial, con el objeto de que

marchase luego á tomar posiciones en Toledo y Talavera, á fin de traer á Madrid el cuerpo de ejército del mariscal Victor. El mariscal Lefebvre acababa de recibir á esta sazón la division polaca, que, como nuestros lectores saben, se habia quedado hasta entonces en retaguardia, y las tropas holandesas, las cuales permanecieron por algun tiempo en las costas de Vizcaya. Con los dragones de Milhaud y la caballería de Lassalle, reunia cerca de quince mil hombres, y este cuerpo estaba destinado á formar el ala derecha del ejército sobre Talavera.

Al prepararse Napoleon para acometer al ejército inglés, cuya solidez conocia, queria tener á la mano uno de sus mejores cuerpos, mandado por uno de sus mas enérgicos lugartenientes; el cuerpo de ejército á que nos referimos, era el 6.<sup>o</sup> y el gefe que lo mandaba el mariscal Ney. Sabido es que habia reprendido á este mariscal la lentitud de su marcha sobre Soria, y queria que se desquitase deparándole un enencuentro con los ingleses. A este propósito mandó que apresurase su marcha sobre Madrid, con el objeto de que, despues de conceder algun descanso á sus tropas en la capital, emprendiese el movimiento por la derecha sobre el Tajo ó sobre el Duero.

Napoleon iba, pues, á reunir en la córte el cuerpo de ejército del mariscal Victor, los de los mariscales Ney y Lefebvre, la guardia imperial, y una masa de caballería considerable, con cuyas fuerzas no debia serle difícil dar un golpe decisivo. Habiendo quedado reducido el mariscal Moncey á la imposibilidad de continuar el sitio de Zaragoza á consecuencia del llamamiento del cuerpo de ejér-

cito del mariscal Ney, inclusa la division Lagrange, que habia pasado temporalmente á las órdenes del primero para la jornada de Tudela, Napoleon ordenó al mariscal Mortier que fuese con el quinto cuerpo á situarse sobre el Ebro á fin de cubrir el sitio de Zaragoza, mas dejando al cuidado esclusivo del mariscal Moncey la direccion de los ataques.

La excelente division Delaborde, primera del cuerpo de ejército del general Junot, acababa de llegar á Vitoria. Napoleon la designó su posicion en Burgos, y ordenó á la division Hendelet, que era la segunda del mismo cuerpo, y la cual caminaba á pocas jornadas de la primera, que acelerase su marcha, siguiendo la misma direccion. Los dragones de Lorge, que habian acompañado al quinto cuerpo, fueron destinados al mismo punto. Los dragones de Millet, que venian un poco mas atras, recibieron orden de marchar sobre Madrid, y el mariscal Soul la de emprender un movimiento conforme con los que acabamos de mencionar. Esta gefe habia penetrado en Asturias, y llevándose por delante los restos de los asturianos, procedentes de Espinosa, los habia impelido hasta el campo de Colombres. En la série de combates vivos y repetidos que habia dado en la mencionada provincia, recogió un cierto número de prisioneros y se apoderó de la gran cantidad de municiones y mercancias que los ingleses habian aglomerado en los puertos de Cantabria. Napoleon le ordenó que repasase las montañas para caer sobre el reino de Leon, en donde reuniéndose con las tropas de Junot, y con los dragones de Lorge y Millet, debia hacer frente á los ingleses, si avanzaban sobre

nuestra derecha, ó rechazarlos vivamente si se replegaban ante las tropas, procedentes de Madrid, ó invadir por último el Portugal en su seguimiento. De manera, que con tres cuerpos de ejército, la guardia imperial y una fuerza inmensa de caballeria en Madrid, y con otros dos cuerpos y caballeria abundante tambien sobre su derecha y en retaguardia, el emperador se habia preparado á operar contra los ingleses en todas direcciones, y podia perseguirlos por todas cuantas partes emprendiesen la retirada. Para dar principio á las nuevas operaciones de Madrid, no aguardaba mas que la llegada de los mariscales Lefebvre y Ney. El tiempo proseguia siendo excelente. El mes de diciembre, así en la capital como en las dos Castillas, parecia mas bien un mes de primavera. Nuestras tropas ejecutaban largas marchas, sin experimentar los inconvenientes propios de la estacion. Napoleon montaba á caballo los mas de los dias, recorria la ronda de Madrid, sin entrar nunca en la poblacion, pasaba revista á sus cuerpos, tenia cuidado de surtirlos de todo cuanto habian perdido en las marchas y en los combates, y se ocupaba especialmente establecer un puesto militar en el Buen Retiro, desde donde le fuese fácil contener á la capital, al propio tiempo que proporcionase un punto donde los enfermos, los depósitos, y el material de guerra estuviesen seguros. Cuidadoso como siempre de asegurar su línea de operaciones, acababa de ordenar que se fortificáran, lo mismo que habia hecho en Burgos, Pancorbo y Miranda, la esplanada de Somosierra, donde habia combatido pocos dias antes, y el sitio del Retiro, que, como ya hemos dicho, domina á Madrid. A este propósi-

to. había mandado que se hiciesen algunas fortificaciones al rededor del bosque, que se construyese un reducto hácia la fabrica de porcelana, (fabrica en la cual se imitaba perfectamente la porcelana de China) y que en este reducto se escogiese un sitio capaz para contener los heridos del ejército, el material de artillería y víveres.

Mientras que las cosas se hallaban en tal estado en las cercanías de Madrid, verificábanse otros acontecimientos en Aragon y Cataluña. En Aragon, las marchas y contramarchas de nuestros diversos cuerpos de ejército, habian privado momentáneamente al mariscal Moncey, despues de la batalla de Tudela, de los medios de operar eficazmente sobre la ciudad de Zaragoza. Al dia siguiente de la batalla, y en defecto de las tropas del mariscal Ney, que no habian llegado á tiempo, enviaronse en persecucion del general Castaños las divisiones Musnier y Lagrange, al mando del general Maurice-Mathieu. Desde entonces el mariscal Moncey habiase quedado tan solo con las divisiones Grandjeau y Morlot, entre las cuales componian únicamente de nueve á diezmil hombres; y si bien es verdad que el mariscal Ney habia descendido desde Soria, y ofrecidose á contribuir al sitio de Zaragoza con las dos divisiones Dessoles y Marchand, sabido es que el dia mismo en que de concierto con el mariscal Moncey, se preparaban á atacar la famosa capital de Aragon y á apoderarse de Monte-Torrero, recibió aquella orden del cuartel general para perseguir á Castaños sin tregua, y de dirigirse sobre Madrid cumpliendo este cometido. Si á la distancia en que Napoleon se hallaba de Aragon le hubiese sido posible saber lo que allí ocur-

ria, seguramente que hubiera dejado á cargo del mariscal Ney el sitio de Zaragoza, y encomendado la persecucion de Castaños al general Maurice-Mathieu, mediante á que este último hubiera podido llevar sobre Madrid tanta gente como Ney con las divisiones y Marchand, y á que de este modo se evitaban dos movimientos inútiles, á saber; el que hizo Maurice-Mathieu para retroceder sobre Zaragoza, y el que emprendió el mariscal Ney, alejándose de esta ciudad para marchar por Calatayud sobre Madrid. Pero en la guerra se multiplican los accidentes y los movimientos falsos á causa de los números y de las distancias, y Napoleon tenia imprescindiblemente que añadir nuevos errores á los errores probables, merced á la estension prodigiosa de sus operaciones. Apresurándose el mariscal Ney á ejecutar las órdenes del emperador, abandonó al mariscal Moncey, dejándole enteramente aislado y asaz descontento por no poder, atendida la debilidad de fuerzas á que quedaba reducido, intentar empresa alguna contra Zaragoza, puesto que Ney habia recogido al pasar por donde se hallaba el general Maurice-Mathieu la division Lagrange, y solo envió la division Musnier, llevándose asimismo los famosos lanceros polacos, y dejando solamente á Moncey los regimientos provisionales de caballería, que en otro tiempo habian sido agregados á su cuerpo. No habiendo recobrado, pues, este mariscal mas que la division Musnier, vióse obligado á diferir el ataque de Zaragoza. Verdad es que, durante este tiempo, y merced á los cuidados del general Lacoste, pudo traerse la artillería de grueso calibre desde Pamplona á Tudela, y trasladarla desde allí por el ca-

nal de Aragon sobre la ciudad sitiada. Los aragoneses, por su parte, procuraron reponerse de su derrota, y se ocupaban eficazmente en la fortificacion de su capital. De manera, que todas estas dilaciones se aprovecharon asi por los unos como por los otros en hacer preparativos para un sitio memorable.

Entretanto, habian ocurrido tambien en Cataluña sucesos bastante graves, y no menos dignos de ser referidos, que aquellos de cuya narracion ya nos hemos ocupado. Despues de la retirada de José sobre el Ebro, el general Duhesme, quien, desde que se estableciera en Barcelona, no habia cesado de hacer salidas, ora por la vanguardia hácia el Llobregat, ora por retaguardia hácia Gerona, se hallaba al presente bloqueado en la capital en términos, que no le era posible ni aun asomarse á las puertas. Las divisiones Lechi y Chabran habian quedado tan reducidas, á causa de las marchas y de los combates, que contaban apenas nueve mil quinientos hombres, inclusa su artillería y su caballería. Cuantos esfuerzos se hicieran para abastecer á Barcelona por mar, habian sido infructuosos, mediante á que los ingleses ocupaban el golfo de Rosas, y la ciudadela se hallaba defendida por tres mil españoles de tropas regulares. El general Duhesme se hallaba por tanto muy espuesto á carecer pronto de viveres, asi para sus tropas, como para la poblacion numerosa de la capital del principado. Esta era la causa porque Napoleon estrechaba tan frecuentemente al general Saint-Cyr, á que acelerase sus operaciones, y á que marchase vivamente al socorro de Barcelona.

Para atravesar la Cataluña, que se hallaba sulevada en masa y defendida por numerosos cuerpos de tropas, contaba el general Saint-Cyr, ademas de la division Reille, compuesta de unos siete mil hombres, con la division francesa Souham que constaba de unos seis mil; con la division italiana, Pino, que ascenderia á cinco mil; con la division napolitana Chabot, que tendria unos tres mil, y con unos mil artilleros y dos mil caballos: en junto veinte y tres ó veinte y cuatro mil combatientes. Asi que este general lograrse reunirse con Duhesme, debian componer entre las fuerzas de ambos un total de treinta y cuatro á treinta y seis mil hombres, y emprender con ellos la sumision de aquella importante provincia, la mas difícil quizás de toda la Peninsula, tanto por lo fragoso del terreno, como por el carácter osado y tenáz de sus habitantes, los cuales temian al propio tiempo que decayese su industria si se verificaba una union demasiado estrecha entre la España y el imperio francés.

El ejército español que defendia esta provincia, y cuyo número no podia calcularse sino aproximativamente, ascenderia á unos cuarenta mil hombres. Componiase de tropas de línea procedentes de las islas Baleares, y trasportadas á Cataluña por la marina inglesa; de tropas del mismo género, sacadas de Portugal, y conducidas igualmente por la marina inglesa á Cataluña; de una division de Granada, á las órdenes del general Reding; de otra division de aragoneses el mando del marqués de Lazan, hermano de Palafox, y de las tropas regulares, por último, existentes en la provincia. El general en gefe de todas estas tropas era don Juan

de Vives, militar que habia servido en otro tiempo contra la Francia, durante la guerra de la revolucion, y el cual se vanagloriaba de haber obtenido en ella muchos triunfos. Hallábase secundado además aquel ejército por los migueletes y los voluntarios, los cuales hacían el mismo servicio que las tropas ligeras, y á esta fuerza se agregaban los somatenes, que venían á ser una especie de milicia compuesta de los habitantes, quienes al primer toque de campana se levantaban en masa, y estaban destinados á defender las villas y las aldeas, y á ocupar y disputar el paso por los puntos mas importantes. Añádase á todo esto, que Cataluña, además de los obstáculos que ofrecía lo fragoso del pais, se hallaba plagada de plazas fuertes que eran la llave de las comunicaciones por tierra y mar, entre ellas la de Figueras, que nosotros poseíamos, y la de Rosas, Gerona, Hostalrich, Tarragona y otras, las cuales no estaban en nuestro poder.

La topografía de esta provincia, y la distancia que la separa del centro de la España, hacía que fuese un teatro de guerra distinto. Y hé aqui la causa porque Napoleon habia encomendado su conquista á un general excelente, cuando mandaba solo, peligroso cuando tenia vecinos, á quienes siempre secundaba mal, y mezquinamente envidioso, hasta el punto de creer que el emperador, celoso de su gloria, lo enviaba á Cataluña con el fin único de perderlo. Mas como, á pesar de todos estos defectos, era un capitán hábil, profundo en sus combinaciones, y el primero de los militares de su tiempo para la guerra metódica (esceptuando Napoleon, con el cual no podía compararse ninguno de los generales del siglo), el emperador no

vaciló en echar mano de él para confiarle mision de tanta importancia.

Los recursos reunidos en Cataluña adolecían, como en otras partes, de la precipitacion con que se habian hecho los preparativos para esta guerra. El material de artillería era insuficiente, y el vestuario y el calzado escaseaban mucho. La division Reille se componía de una mezcla de soldados de todos los cuerpos y de todas las naciones, si bien es verdad, que este inconveniente quedaba compensado con la bizzarria del general que la mandaba. La division Souham, aunque formada de cuadros antiguos, se componía en gran parte de soldados bisonos. La division italiana Pino, consistía de italianos aguerridos, los cuales habian recibido su educacion militar en el grande ejército. Los medios de transporte, tan indispensables en un pais donde apenas se encontraban provisiones, eran enteramente nulos. Mas aun cuando todas las contras de que adolecía Cataluña sobre el particular, eran las mismas con corta diferencia en las Castillas, donde mandaba el mismo Napoleon, el general Saint-Cyr creía, sin embargo, que todo se habia hecho exprofeso para él, y que Napoleon trataba de tasarle los triunfos, y sobre todo de hacerlos menos rápidos que los suyos propios (1).

En las instrucciones que recibiera el general Saint-Cyr, se le daba carta blanca para que emprendiese en Cataluña cuantas operaciones estimase convenientes, y solo eran aquellas imperativas en lo tocante á levantar el bloqueo de Barcelo-

(1) Vergonzoso es hallar pequeñeces semejantes en las memorias, excelentes bajo otro aspecto, que escribió sobre su campaña de Cataluña el general Saint-Cyr.

na con toda la prontitud posible. Hallándose como se hallaba Figueras en nuestro poder, quedaban en el del enemigo y en direccion de Barcelona otras tres plazas, la de Rosas á la izquierda sobre el camino del mar, y Gerona y Hostalrich, á la derecha sobre el camino de tierra, las cuales se hallaban situadas de manera que era difícil evitarlas, si se queria seguir los caminos practicables para la artillería. Pero como el detenerse á verificar tres sitios regulares antes de levantar el bloqueo de Barcelona era una cosa impracticable, el general Saint-Cyr se decidió á emprender uno solo, el de Rosas, por dos motivos suficientemente fundados para disculpar el retardo que resultase de él: era el primero, porque Figueras sin Rosas no era un punto de apoyo, que pudiera considerarse bastante al otro lado de los Pirineos, por cuanto nada podia entrar ni salir de aquella plaza si no caía la inmediata en nuestro poder; y consistía el segundo, en que el golfo de Rosas era el abrigo ordinario de las escuadras inglesas que bloqueaban á Barcelona, y su presencia era un obstáculo para abastecer esta ciudad. Hallándose destinado el general Saint-Cyr á establecerse en ella, habíase propuesto no pasar ni un día de escaseces semejantes á las que ya empezaba á sentir el general Duhesme por aquella época.

A pesar de las repetidas instancias con que el estado mayor general le recomendaba incesantemente la celeridad en sus operaciones, el general Saint-Cyr resolvió poner en ejecucion el sitio de Rosas, antes de penetrar en Cataluña. Este general pasó la frontera en los primeros dias de noviembre, al tiempo mismo en que las principales

masas del ejército francés empezaban á operar en Castilla, y en que los mariscales Lefebvre, Victor y Soult combatian con Blake y el marqués de Belveder. La division Reille, que se hallaba situada desde un principio en la Junquera, marchó el 6 contra Rosas. Siguióla inmediatamente la division Pino, la cual sirvió de escolta á la artillería de grueso calibre. La division Souham, que marchaba la tercera, fué á establecerse detrás del Fluvia, pequeño riachuelo que sigue su curso por la llanura del Ampurdan. La mision de esta division última era defender el sitio de Rosas contra las tropas españolas que intentasen estorbarlo. Mientras que nuestras tropas de las Castillas disfrutaban de un tiempo magnífico, el ejército de Cataluña sufrió por espacio de algunos días lluvias copiosas que inundaron el país, y las coales hacian todo movimiento imposible. Nuestros soldados soportaron pacientemente todos estos sufrimientos, quizás porque se hallaban á las órdenes de un general que habia aprendido en las filas del ejército del Rhin á soportarlo todo, y á exigir de cuantos le rodeaban, que sufriesen en silencio.

Hasta el 12 de noviembre fué de todo punto imposible emprender movimiento alguno. Habiendo cesado, empero, las lluvias, aproximóse el general Saint-Cyr á Rosas, y obligó á la guarnicion á encerrarse dentro de sus muros. Constaba esta de unos tres mil hombres, al mando de un excelente oficial, quien tenia ademas para defender la plaza excelentes ingenieros, tan buenos como los ha habido siempre en España. La plaza de Rosas tiene la figura de un pentágono, situado entre la mar y un terreno arenoso, en el centro de un golfo des-

pejado, profundo, y al abrigo de malos vientos. A la entrada de este golfo, y sobre una altura que domina el muelle, hállase situado el fuerte de Butou, cuya artillería protege la mayor parte de aquel. La división Mazuchelli envió dos batallones contra el fuerte de Butou, donde lo mismo que delante de la plaza principal, fué preciso obligar á la guarnición, sostenida por los fuegos de la escuadra inglesa que constaba de seis navíos de línea, y algunos buques de menor porte, á que se replegara á lo interior de los muros.

Después de rechazar vigorosamente al enemigo en las diversas salidas que intentó contra nuestros soldados, erigiéronse trincheras delante de Rosas en las noches del 18 al 19 de noviembre, escogiendo dos frentes opuestos á fin de interceptar con sus fuegos la comunicación con el mar. A los pocos días se logró establecer cerca de la costa una batería, cuyos fuegos hacían que fuese tan peligroso el muelle para los ingleses, que estos se vieron precisados á alejarse y á dejar á la guarnición entregada á sus propios recursos.

La reducida villa de Rosas, formada de unas cuantas casas de pescadores y comerciantes, se halla situada al Este, y fuera del recinto fortificado. Los españoles, cuya debilidad en campo raso era tan sorprendente, recobraban una energía indecible al abrigo de las murallas, y así es, que se defendieron con tan extraordinario vigor, que no se retiraron hasta después de haber perdido unos trescientos hombres, y de dejar en nuestro poder doscientos prisioneros. Nuestra pérdida en esta acción, consistió en cuarenta y cinco hombres entre muertos y heridos. La guarnición quedó á

consecuencia de ella sin apoyo alguno en los puntos exteriores.

Durante este tiempo, redoblábanse las operaciones contra el fuerte de Butou. Hábase logrado subir á fuerza de brazos algunas piezas de grueso calibre sobre las alturas, y después de dismantelar el fuerte con ellas, se obligó á la guarnición á que lo evacuara. El 3 de diciembre se erigió la tercera paralela delante de Rosas, el 4 se dispuso la batería de brecha, y ya solo faltaba dar el asalto, cuando la guarnición consintió al cabo de diez y seis días en rendirse, quedando prisionera de guerra. La resistencia había sido honrosa y conforme á todas las reglas de la milicia. Allí cayeron en nuestro poder dos mil ochocientos hombres, heridos casi todos, y el material considerable con que habían surtido la plaza los ingleses. Merced á esta importante conquista, las comunicaciones por mar con Barcelona habían llegado á ser, sino seguras, practicable al menos, y nuestra línea de operaciones, apoyada sobre Figueras y Rosas, quedaba asegurada á la vez por mar y por tierra.

Aun cuando durante el sitio se habían dirigido vivas instancias al general Saint-Cyr, tanto desde el cuartel general como por parte del general Dumesme, para que marchase sobre Barcelona, había rehusado con su acostumbrada obstinación acceder á ellas, hasta tanto que Rosas se hallase en su poder: al presente, empero, que esta plaza acababa de capitular, ya no había motivo alguno para que lo difiriese por más tiempo, y no vaciló, por tanto, en marchar sobre la capital del Principado.

El general Saint-Cyr, que había mandado su